

eterno recuerdo del hombre á quien respetan aun, y á los Jesuitas un modelo de firmeza y sabiduría. El funeral de Ricci, primer extranjero que obtuvo este honor en la capital, fue tan solemne como profundo era el sentimiento. Los mandarines y el pueblo acudieron, llenos de una admiracion dolorosa, á saludar los mortales despojos del Jesuita; y escoltado en seguida por los Cristianos, á quienes les precedió la cruz, fue depositado el cadáver, con arreglo á las órdenes del Emperador, en un templo consagrado al verdadero Dios.

Los chinos apreciaban la moral evangélica, porque convenia con su razon y sus instintos; pero repugnábales adorar á un Dios muerto en el Calvario. La cruz encerraba para ellos cierto misterio de degradacion, que anonadaba su inteligencia, y abafia su orgullo: así es que el emblema del cristianismo no se habia aun ostentado mas que en el altar ó en las reuniones privadas; pero con la muerte del P. Ricci salió, por decirlo así, de la oscuridad; y colocado bajo la salvaguardia de un cadáver venerado, pudo con libertad atravesar la ciudad entera.

Esta muerte inesperada exponia á ciertas variaciones el bien que Ricci habia preparado con tantas dificultades; mas no por eso desmayaron los Jesuitas. Un mandarin idólatra, llamado Chin, que no creyó oportuno deber permanecer indiferente espectador de los progresos que hacia el Instituto, hallándose de gobernador en Nankin por los años de 1617, empleó todo su poder en perseguir á los fieles. Mas conociendo que para dispersar el rebaño era indispensable atacar á los pastores, descargó todo el lleno de su rabia y encono contra los Padres, que se vieron azotados, desterrados, encarcelados y arrojados, por último, á las playas de Macao.

Tres años después (el de 1620) espiraba el emperador Van-Lié, amargadas sus últimas miradas con la vista de un cruel espectáculo. Thienmin, rey de los tártaros, habia invadido sus Estados, vencido su ejército, y sacado á los chinos de aquella inaccion tradicional, que pareció ser para ellos la condicion de su existencia. Tien-Ki, nieto de Van-Lié, que habia sido llamado para reparar estos desastres, tomó algunas medidas para oponerse al ejército tártaro, y aconsejado por los mandarines cristianos que llamase á los portugueses, para que su artillería estuviese mejor dirigida; pero los portugueses, añadian dichos mandarines, no prestarán su

auxilio, mientras los Jesuitas, ignominiosamente expulsados, no logren que el Emperador les haga justicia. Anuló por lo tanto el edicto de destierro que Van-Lié habia promulgado, y restableció en su imperio á los Padres.

La victoria coronó los esfuerzos de Tien-Ki, así como la fe coronaba á la sazón los afanes de los misioneros, que tenian que háberse las con un pueblo mas aferrado aun á sus ideas que á sus pasiones, y que solo aceptaba la doctrina cristiana después de haberla discutido y profundizado. Todo presentaba dificultades á los Jesuitas, y do quiera tropezaban con un escollo. Para presentar la definicion de Dios con claridad y precision, se vieron obligados á convocar en 1628 una asamblea de los individuos mas eruditos y experimentados. Hallándose diseminados estos por toda la extension del imperio, hubo algunos que para acudir á la voz de sus jefes tuvieron que caminar á pié mas de ochocientas leguas. Si á cada paso se suscitaban mil dudas, el temor de engañarse no atormentaba menos sus buenas intenciones, porque eran indispensables serios y prolongados estudios para conocer lo que importaba tolerar ó prohibir.

En esto llegó á Pekin el P. Adan Schall-Bell, natural de Colonia y nacido en 1591: profundo matemático, al par que gran astrónomo, se habia ya granjeado una reputacion de hombre universal, cuando Xum-Tchin, sucesor de Tien-Ki, le confió la correccion del calendario imperial. Prevalido del favor que disfrutaba cerca del Soberano, suprimió los dias faustos é infaustos, intercalados por la supersticion en los almanques anteriores, con el objeto de dar mas extension al cristianismo; y mientras que en Si-Ngan-Fu estimuló á los paganos á construir espontáneamente una iglesia, supo obtener en Pekin un decreto del Emperador, por el que se les permitia á los Jesuitas anunciar el Evangelio en todos sus Estados. Consagrarse á esta mision, á la que solo estaban destinados aquellos sugetos que habian dado pruebas de una virtud acrisolada y de un ingenio vasto y profundo, era llevar su abnegacion hasta el heroismo; porque aquellos lejanos mares no habian visto aun surgir bajel alguno sobre sus aguas, y por lo tanto eran fecundos en naufragios. Hé aquí cómo se expresaba el P. Diaz, escribiendo al General de la Compañía en el mes de abril de 1635, y suplicándole que remitiese anualmente veinte misioneros: «Y no serian demasiados, aunque todos ellos, por una

«especial proteccion del cielo, pudiesen llegar vivos á Macao; pero como no seria extraño que pereciesen la mitad en el curso del viaje, conviene remitir veinte para que podamos contar con diez.»

Lamentábanse los Jesuitas del corto número de operarios evangélicos; y sin embargo, después de transcurrida la mitad de un siglo, hubo muchos que se ofrecieron espontáneamente á reemplazarlos, aguardando en Filipinas la ocasión favorable para introducirse en Fo-Kien por la isla Formosa; mas como estos no pertenecian á la Sociedad, tuvieron la desgracia de querer mirar con ojos europeos los usos que Ricci y sus compañeros se habian visto forzados á consentir. Los discípulos de Confucio se mostraban muy adictos á las costumbres y ceremonias de su patria, y por lo tanto, era preciso conciliar sus hábitos con las prácticas de la religion cristiana, ó renunciar á la mision. Conociendo esto la Santa Sede, habia autorizado á los Padres para que no modificasen sino lo que estuviere en oposicion con la fe y sana moral; y los Jesuitas, que habian tenido ocasion de estudiar sus creencias nacionales, y habian llegado á convencerse de que en las acciones de los letrados habia mucha menos idolatría que simple ceremonial, se propusieron tolerar un mal puramente material, que tarde ó temprano purificaria la doctrina de Jesucristo, y que con la misma enseñanza terminaria por abolirse ó santificarse. Pero los dominicos Ángel Cogni, Tomás Serra y Morales, no quisieron ó no supieron comprender esta condescendencia de los hijos de Loyola.

Desembarcaban, impulsados por este instinto tan natural al corazon humano, de obrar mejor, ó lo que es lo mismo, de superar á los que nos han precedido obrando de distinta manera; y sin tener noción alguna de las ceremonias religiosas y civiles de la China, interpretaban en mal sentido cuanto chocaba á sus ojos. Con peligrosa precipitacion escribieron al arzobispo de Manila y al obispo de Zebú, participándoles que los Jesuitas permitian á los nuevos cristianos que se postrasen ante el ídolo de Chin-Hoam, á quien tributaban sus antepasados un culto supersticioso; que sacrificaban á Confucio, y que ocultaban el misterio de la Cruz. Semejantes acusaciones parecieron tan graves á los ojos de ambos prelados, que no pudieron menos de participarlas al Pontífice; si bien es cierto que mejor informados después escri-

bieron á Urbano VII, justificando á los Jesuitas, y aplaudiendo su celo.

Mas la justificacion habia llegado demasiado tarde. Los Dominicos y el franciscano Antonio de Santa María se habian ya trazado un plan de conducta, y adoptado ciertas preocupaciones; en una palabra, se acordaron que eran hombres, sin pensar que ante todo debian ser sacerdotes. Conducidos como por acaso á la provincia de Fo-Kien, una de las mas sepultadas en las tinieblas de la idolatría, y donde se hallaban de jefes de la mision los Padres Manuel Diaz y Julio Aleni, desempeñándola con tal éxito, que á mas de haber erigido ya siete iglesias arrastraban tras si la multitud, ávida de escuchar sus palabras de salud. Quisieron los Padres templar con su experiencia el ardor de los que pretendian reformarlo todo sin reflexion; mas vieron menospreciados sus consejos, y humillada su experiencia. Ignorantes aquellos del idioma del país, se obstinaron en predicar por medio de intérpretes, y, con asombro de sus oyentes, que les escuchaban estupefactos, propalaron que Confucio y los antiguos reyes de la China estaban condenados, y que los Padres de la Compañía habian faltado á sus deberes de misioneros, permitiendo que los fieles se prostituyesen á tan vergonzosas libaciones.

Al oír tales palabras ya no conoce límites la cólera de los chinos. Los Cristianos hacen causa comun con los idólatras, y lanzan inmediatamente del territorio á los nuevos misioneros enviándolos á Meaco. Los magistrados no se contentaron con este acto de severidad, y expidieron un decreto de destierro contra los Padres Manuel Diaz y Julio Aleni, portadores del cristianismo á la provincia; y este último no pudo regresar hasta 14 de julio de 1637 y rescatar su iglesia. Tales eran los tristes auspicios con que se inauguraban esas prolongadas y culpables querellas que metieron tanto ruido en Europa y en la China¹. A pesar de no ser

¹ Leibnitz, ese gran filósofo protestante del siglo XVII, en el cuarto volumen de sus obras, *Praefatio in novissima sinica*, pág. 82, se expresa en estos términos:

«Hace ya muchos años que se trabaja en Europa por proporcionar á los chinos la inestimable ventaja de conocer y profesar la religion cristiana, siendo los Jesuitas principalmente los que, impulsados por un espíritu de caridad muy apreciable, y reputados dignos de los mayores elogios por aquellos mismos que los miran como enemigos, se ocupan de tan excelente obra.

«Sé muy bien que Antonio Arnauld, sugeto á quien se puede contar entre

este el momento oportuno de examinarlas, diremos no obstante, que la caridad y el celo de la ciencia extraviaron á los Jesuitas: mas adelante entraremos en esta curiosa discusion, en que intervino la Santa Sede; ahora solo nos resta seguir el curso de los acontecimientos.

Nuevas revoluciones políticas iban á estallar sobre la China con motivo de la aparicion de dos capitanes de bandidos, que se dejaron ver por los años de 1636. Licon, el mas poderoso, puso sitio á Pekin, se apoderó de la plaza, é iba á caer sobre el palacio del Emperador, cuando temiendo este llegar vivo á sus manos, se suicidó. Usanguay, uno de los jefes del ejército acampado en la frontera, fiel á la desgracia de su Príncipe, invocó el auxilio de los tártaros, que poco antes trataron de invadir el celeste imperio; y habiéndoselo otorgado su rey Zunté, porque la propuesta favorecía sus ambiciosos designios, reunieron ambas fuerzas, derrotaron á Licon, y le obligaron á renunciar su autoridad; aunque en cambio usurpó Zunté la corona, y se la transmitió á su hijo Chum-Tchi. Llega tambien un dia en que el pueblo mas instruido, mas culto y mas opulento, y por consiguiente, menos apto para arrostrar prolongados males, debe ser derrotado por el pueblo salvaje, pobre y robusto.

Estas discordias intestinas en nada paralizaban la propagacion de la fe. El P. Schall habia sembrado la palabra de Dios en la provincia de Chen-Si, y el P. Jaime Faure, Jesuita francés, recogió la cosecha. Esta fue abundante, y el número de los que hacia cristianos no debe atribuirse tanto á los prodigios que obraba como al espectáculo de sus virtudes.

Los príncipes de la familia tamingiena no consintieron, sin embargo, en dejarse arrebatar sin combatir el patrimonio que perteneciera en otro tiempo á Van-Lié, su abuelo; y refugiándose en las provincias meridionales de la China, levantaron en ellas el estandarte, y secundados por el virey y el general de la provincia de Quang-Si, Tomás Cheu y Lucas Sin, partidarios ambos del cristianismo, hicieron triunfar el principio de legiti-

«los ornamentos del siglo actual, y á quien yo cuento en el número de mis amigos, arrebatado de su celo, ha lanzado acriminaciones á los misioneros que yo creo no haber sido siempre justas; porque me parece que los honores tributados á Confucio, y tolerados por los Jesuitas, no debieran ser reputados como una adoracion religiosa.»

dad, y por los años de 1647 fue proclamado Jun-Lié emperador legitimo de la China. Después de batir en regla á los tártaros, penetraron en Kiang-Si, Honan, Fio-Kien y otras provincias, que arrastradas por la fidelidad y adhesion de ambos generales cristianos, acudieron en masa á someterse al nuevo Soberano.

Reducidos los Jesuitas, durante estas guerras civiles, al círculo de sus deberes religiosos, no habian querido tomar parte por la antigua ni por la nueva dinastía: creíanse encargados de tratar con los pueblos acerca de otros intereses de mas cuantía que lo eran los de la política; y, al dividirse en ambos campamentos, como para indicar desde luego la neutralidad que en ellos era prudencia guardar, llegaron á crearse una posicion independiente. Si la dinastía antigua tenia en su favor al P. Andrés Coffler y á Miguel Boym, la familia imperial de los tártaros honraba al Padre Adan Schall; y mientras que Jun-Lié imperaba ya en una parte de la China, por las conquistas de Cheu y Sin, el P. Coffler se captó la amistad del gran Colao, y este último habló á la Emperatriz y princesas acerca de este sacerdote extranjero, para quien no tenia misterios la ciencia. Introducido el Jesuita á petición suya, les explica los misterios, la moral y los dogmas consoladores de la Religion; y estas mujeres, experimentadas ya por el destierro, y que solo encontraban en su existencia motivos de sobresaltos y amarguras, trataron de buscar en un lugar distinto del trono el refugio contra su infortunio. Mas, como nada en el mundo podia ofrecerles este asilo á no ser la religion cristiana, aceptáronla desde luego, recibiendo el Bautismo. La Emperatriz tomó en él el nombre de Elena, y pocos años después, el de 1650, dió á luz un niño á quien con anuencia del Emperador mandó bautizar con el nombre de Constantino.

Habia hecho tales progresos la Emperatriz en el fervor, que deseando remitir una carta autógrafa al soberano Pontífice, como efectivamente lo hizo, al par que darle una prueba de su piedad filial hácia el sucesor de los Apóstoles, designó como embajador al P. Boym, Jesuita polaco, quien saliendo de Pekin en 1651, llegó á Roma al año siguiente, y puso en manos del Papa y del General de su Orden las cartas que les dirigia la Emperatriz¹. Apenas se habia marchado el P. Boym, cuando impaciente Chum-

¹ Existe en nuestro poder una de estas. Los caracteres chinos están trazados sobre un gran velo de seda amarilla guarnecido de franjas de oro.

Tchi al observar los triunfos de su rival, se arroja sobre las provincias que habian reconocido el gobierno de este. El Emperador quiere hacer frente á los tártaros, y vencido por estos, es asesinado en compañía del jóven Príncipe; llevándose el vencedor cautiva su esposa hasta Pekin, donde mandó guardar con ella todas las consideraciones debidas á su rango. Habiendo ya perdido con el trono á su esposo é hijo, trató de refugiarse á su piedad y á su religion, en las que halló el bálsamo consolador de todas sus desgracias.

Chum-Tchi era jóven, intrépido y prudente; apreciaba sobremanera al P. Schall, y por consiguiente, el afecto que el Jesuita le habia inspirado hácia el catolicismo, en nada se modificó con la victoria que habia conseguido sobre su legítimo competidor. Los misioneros diseminados por la China habian erigido un gran número de iglesias, y el Emperador mandó á sus generales que respetasen do quiera á los doctores de la ley divina llegados desde el Occidente. El poder de Chum-Tchi se desarrollaba tanto como sus talentos: habia llegado á ser grande en la guerra como en la paz, á la manera de todos los fundadores de dinastías. Ya no tenia enemigos; y los holandeses y los rusos le enviaron embajadores solicitando su alianza.

Después de conferir el título de mandarin al P. Adan Schall, á quien honraba con su amistad, le hizo presidente de los matemáticos del imperio; y le dió el nombre de Mafa, que equivale al de Padre, renunciando á la etiqueta de la corte para poder conversar con él mas familiarmente; y no solamente concedia á su Mafa el derecho de entrar á cualquiera hora en el interior de su palacio, sino que él mismo se trasladaba á su domicilio, donde, cosa inaudita en Pekin, pasaba largas horas con el Misionero. La conferencia principiaba constantemente por las observaciones astronómicas; y elevándose poco á poco el sacerdote á pensamientos mas dignos de su ministerio, recordaba al Monarca la ciencia de Dios, haciéndole pasar desde los fenómenos terrestres á las grandezas divinas, y dándole algunas lecciones de sabiduría, moderacion y justicia, en un lenguaje en que la verdad se dejaba ver disfrazada bajo el velo de una ingeniosa lisonja.

En las memorias dejadas por el Jesuita, se lee una de estas conversaciones, en la que, al paso que no puede uno menos de asombrarse al ver la franqueza del europeo, se siente conmovido al

reflexionar la confianza y abandono del tártaro. Chum-Tchi admiraba los preceptos del Evangelio; pero la violencia de sus pasiones le encadenaba al culto de los falsos dioses: comprendia y aprobaba cuanto encierra la Religion, exceptuando, sin embargo, el renunciamiento de los deleites, que fueron los que causaron su pérdida. Amaba con delirio á la mujer de uno de sus oficiales, con quien al fin se casó; pero después de algunos años de ventura, murió la nueva emperatriz. Como era idólatra y seductora, habia logrado con sus halagos hacerle abrazar de nuevo las supersticiosas creencias de que el P. Schall le habia desprendido. Desde este momento pasó el Emperador á ser otro hombre; sombrío y triste siempre, parecia no aspirar á otra cosa que á la tumba; únicamente el Jesuita conservaba su ascendiente sobre este Príncipe á quien consumia el dolor, y que espiró, por último, legando la corona á un niño que apenas contaba ocho años (1661).

Los cuatro regentes designados trataron de cumplir las intenciones del Monarca, y nombraron al Jesuita para preceptor del jóven heredero de la corona; pero los bonzos y mahometanos determinaron bien pronto á la regencia á proscribir al cristianismo, y en especial á los misioneros, creyendo, y con razon, que el favor que habia disfrutado Schall durante el anterior reinado pudiera renovarse en la mayoría de Kang-Hi. Con el objeto, pues, de destruir de un solo golpe las esperanzas de los Cristianos, cuyo número se aumentaba todos los dias ¹, resolvieron los idólatras tentar un golpe de Estado contra los Jesuitas, y reuniéndolos en Pekin, los sumieron en los calabozos. Como el P. Schall habia sido el mas estimado, y por consiguiente el mas temible, trataron de agotar en él toda clase de torturas, condenándole desde luego á ser descuartizado. Pero, habiendo hecho gran impresion en el ánimo de los chinos lo avanzado de su edad, así como la ciencia y afabilidad que habia mostrado al pueblo en los dias de su poder, y habiéndose por otro lado ofrecido para morir en su lugar el P. Fernando Verbiest, natural de Brujas, como mas jóven, y casi tan célebre como el anterior, se enternecieron los magistrados y el populacho; y habiendo este implorado su perdon,

¹ Los Jesuitas poseian entonces 151 iglesias y 38 residencias en el territorio de la China; los Dominicos 21 iglesias y 2 residencias, y los Franciscanos 3 iglesias y una casa. Los primeros habian publicado 131 obras de religion, 133 de matemáticas y 55 de física y moral.

pudo el Jesuita espirar libremente el 15 de agosto de 1666, después de pasados cuarenta y cuatro años de apostolado, muriendo entre los brazos de Jacobo Rho y de Próspero Imporcetta, compañeros suyos, y que habian participado de sus trabajos.

Un año antes, las discusiones religiosas que se habian suscitado entre los Dominicos y Jesuitas, discusiones que Morales y Martini habian sostenido tal vez con mas erudicion que prudencia, estuvieron á punto de terminarse. La persecucion confundió en las mismas cadenas á los teólogos de ambos palenques. Veinte y tres se hallaban encarcelados en las mazmorras de Canton. Diez y nueve Jesuitas, tres Dominicos y un Franciscano, á quienes una misma comunidad de padecimientos y la perspectiva de una muerte próxima suministraron una idea de fraternidad cristiana; y aquellos hombres llegados desde tan léjos para conducir la paz á unas poblaciones idólatras, resolvieron las cuestiones con aquella calma que inspira la soledad.

Separados del resto de la tierra, y destinados á morir sin volver á ver su patria, quisieron al menos poner un término á las contiendas que los agitaban hacia ya tiempo, y después de un maduro exámen cada uno reconoció sus errores y arrebatos. Un hecho, desapercibido en la historia, pero que sin embargo obró una feliz reaccion en los cautivos, sirvió para probar que la caridad apostólica no perdía sus derechos aun en medio de aquellas controversias. Habíase escapado de la cárcel comun el Padre Navarrete, de la Orden de Predicadores; su evasion podia ser observada y excitar la cólera de los mandarines sobre los que quedaban aherrojados: inspirado del cielo el Jesuita Grimaldi, pasó á ocupar el puesto del fugitivo; dando con esto ocasion á que el P. San-Petri, del mismo Instituto que Navarrete, asombrado de aquella prueba de caridad, respondiese por medio de un testimonio solemne á las acusaciones dirigidas contra la Sociedad de Jesús, escribiendo estas notables palabras: «Certifico en primer lugar, que segun mi parecer, cuanto practican los Padres misioneros de la Compañía de Jesús, permitiendo ó tolerando ciertas ceremonias que usan los chinos en honor del filósofo Confucio y de sus antepasados difuntos, no solo está exento de pecado, puesto que su conducta ha sido aprobada por la sagrada Congregacion del Santo Oficio, sino que consideradas las creencias de las principales sectas de la China, esta opinion, á mas

«de ser mas probable que la contraria, es tambien mas útil, por «no decir necesaria, para abrir á los infieles las puertas del Evangelio.

«Certifico en segundo lugar, que los Padres Jesuitas han anunciado en este reino de la China á Jesucristo crucificado, y esto «no solamente de viva voz, sino por medio de las obras que han «publicado en gran número; que explican con gran cuidado á «sus neófitos los misterios de la pasion, y que en algunas de sus «residencias han establecido cofradías de la Pasion.

«Certifico en tercer lugar, y protesto con juramento, para el «efecto que se necesite, que no me ha impulsado á tributar este «testimonio que acabo de leer, ruego ni persuasion alguna; únicamente lo hago por amor á la verdad.»

Las cristiandades de la China se veian amenazadas á la vez por la persecucion suscitada por los regentes del imperio, y por las contiendas teológicas de las Órdenes religiosas; pero en Kang-Hi la mayoría hizo cesar las vejaciones que sufrían los Católicos, volvió á los misioneros su libertad, y otorgó á los Jesuitas un influjo mas grande aun que el que habia disfrutado hasta entonces; si bien es verdad que estas prosperidades inesperadas suministraron un nuevo pábulo á la efervescencia, y como lo veremos mas adelante, acarrearón la ruina de esta Iglesia.

